



Santiago Burgos Brito.

NO es posible negar que el futurismo, iniciado según parece por el poeta mallorquín Gabriel Alomar, y predicado bizarramente por el italiano Marinetti, ha tenido eco en nuestra literatura americana, siempre ávida de orientaciones nuevas y ansias

de vida intensa. Los poetas de la joven América, llenos aún del penetrante aroma del romanticismo, cultivaban una poesía convencional, cuya finalidad única era, en lo general, trovar sus endechas a los «plateados rayos de la luna», o el rimar en versos armoniosos los dulces quereres de una Ofelia vagamente soñada... Se escribían estrofas de gran belleza, estrofas musicales, rimas de admirable cadencia; el poeta cantaba, pero cantaba más o menos artísticamente lo que otros ya habían traducido en versos perfectísimos. No había, pues, renovaciones, y la poesía que no adquiría nuevos alicios, marchaba quizá, si no a la muerte, porque la poesía es eterna, a una completa decadencia, siguiendo el proceso que señala el precepto danuziano. Y en este estado la poesía, apareció el futurismo, con sus tendencias novísimas y demoledoras, hiriendo de muerte el claro de luna, y glorificando la fuerza y la energía que todo lo vencen. La influencia de la literatura francesa había infundido una corriente de sentimiento a nuestra poesía: emancipó, refrenó y modernizó los procedimientos, como dice Ugarte, y contribuyó a remover y sacar a la superficie las reservas ignoradas que dormían en el fondo de nuestra mentalidad, todavía inconsciente de sí misma. Los poetas se hicieron más humanos, más modernos, atentos a todos los fenómenos naturales y sociales, y quisieron llevar a sus estrofas tanto la policromía esplendente de los cielos y la belleza de unos divinos ojos, como las angustias del oprimido y las más formidables rebeldías. A esta clase de poetas pertenece el uruguayo Vasseur, creador de una lírica humanista, aventadora de angustias y de anhelos universales, con mucho de Víctor Hugo, de Baudelaire y de Rimbaud, y no poco de Guerra Junqueiro. Auguralismo ha llamado a su poesía, y afirma que en ella lo esencial no es el pasado estaticado en hechos, sino el *devenir*, y de éste, el acto de creación, de renovación, más que el de cristalización. Consecuente con el credo futurista que quiere la guerra como la única higiene del mundo, quiere una completa renovación en España, a la que desea ver remozarse aun a costa de su sangre, y lamenta la indolencia de sus líricos, a los que llama juglares que riman para vivir, que no consuelan a su patria, ni la exaltan, ni redimen.

HISPANIA I. HISPANIA I

¿Cuándo alzarás la frente hacia el sol vendimiario?
¿Cuándo reamanecerán mundiales los rayos de tu idea?
¿Cuándo a las negras águilas sucederán las rojas,
con haces de rayos en las garras, veteados de sangre los fatales ojos?
¿Cuándo entre el batir furioso de sus alas,
despertará el león, y estremeciendo la Península rugirá a Europa: «Aquí se piensa y se lucha,
aquí, más que imitar, y traducir y orar, se crea?»

En los cuartetos de la composición titulada «Ten pudor», impreca a todos los miserables, a los caídos en la diaria lucha, y tiene para todos las frases más enérgicas y demoledoras:

Bajo la bota del amo
que vive de tu sudor,

HE llamado a un pequeñuelo-no podría recordar cuando en un instante que lo ví subir a mi tranvía, a este mi tranvía que en cuatro largos viajes me arrulla y reposa durante dos horas. El chico me ha mirado con ojos grandes como platos de asombro y recelos, y con hostil gesto se ha alejado. Advierto que a todos mira desconfiadamente y se sienta en el sitio que más alejado presume.

Verdaderamente, esto que recuerdo tiene un aparente barniz de insignificancia y superficialidad abrumadoras; pero ¿qué hay que sea más frecuente y genuinamente humano que lo superficial? Ortega Gasset, con insistencia, inclina el ánimo a reflexionar sobre la tercera dimensión que olvidamos a menudo: la profundidad; y a su insinuación convenimos en que, con efecto, todas las cosas tienen una tercera dimensión de la cual no curamos a las veces, por ignorancia, por error, por pereza, por pasión, por no sé cuantos motivos que generalmente no pasan de tener dos solas dimensiones...

Y bien, al día siguiente, o acaso pasados dos o tres, he insistido en mi propósito de entablar charla con el pequeñuelo, y él ha insistido también en su actitud de ingénita desconfianza. Una tercera vez, y otras, he puesto en sus manos bonibones y caramelos que me han ganado su voluntad y su locuacidad.

Ya somos buenos amigos; conversamos sobre temas que en apatencia pueriles, alcanzan profunda trascendencia a mi ver. Me habla de sus juegos, de sus compañeros, de sus hermanos, de sus padres, en este orden que es el de la escala, de mayor a menor importancia, en sus ávidas alegrías de pajarillo.

¿Le obrado bien cuando así procedí a ganarme su confianza? No sé por qué se ha detenido mi atención sobre esta pregunta. Y descubro al punto que he obrado mal: que no tuve derecho para sobornar esa alma, para rendir su desconfianza instintiva y justa, despertando en ella bajos sentimientos de interés. La he privado en esa ocasión de su única defensa contra las acechanzas de lo desconocido, y miné su fortaleza. Verdaderamente, este sencillo episodio que ahora recuerdo parece en extremo insignificante...

¿Porqué te has impuesto tal número de trabas y obligaciones voluntarias? ¿No piensas que pones así lindes estrechas a tu libertad? Saltar del lecho a la misma hora cada mañana; tomar el desayuno a la misma hora, y el baño, y el almuerzo, y el instante de lectura, y el paseo y el reposo; en el comedor, el mismo sitio siempre; en el paseo, sentir sordo disgusto si está ocupado por algún desconocido el lugar que se prefiere; los vestidos, de reducido número de colores que armonizan en un gusto uniforme, de corte y modo habituales... ¡Ahí aquí la palabra terrible: lo habitual! Hasta sin que lo hayas advertido tú, hemos observado tus amigos que repites y usas muy a menudo palabras y frases tuyas... Aquel «bon homme Système» que conocieron los

pueblo que canto y que amo,
¡ten pudor!

Y así continúa, recio, agresivo, batallador, en sus «Cantos del Nuevo Mundo», en los que pueden verse composiciones sugestivas, como la «Venus Futura» que es un dechado de encanto y de ideología. La influencia de Víctor Hugo, del Hugo apocalíptico y terrible de «La Leyenda de los Siglos», puede estimarse en su «Romance de los Disangelios», composición de un trascendente filosofismo; y la de Baudelaire, de quien traduce sus «Letanías a Satán», en su «Oración al Orgullo», imitación un algo conceptista de la clásica rebeldía baudelerciana.

Santiago BURGOS BRITO.

ojos adolescentes de Renan, de seguro que no fue extravagante y raro como lo consideraba el juicio común del pequeño mundo de su pueblo, según lo cuenta el exquisito escritor en sus recuerdos de juventud; era un hombre común y corriente, que rendía como el más humilde de los mortales su tributo a la tiranía de las costumbres, y lo único no común en él era acaso un poco de desdén hacia los demás, o de misantropía si lo quieres, que es un modo de profesar el amor a la humanidad.

¿La mística piedra angular de las costumbres! ¿Qué fuera de la vida social y moral del hombre sin esa tiranía, de tan permanente y sufrida ya casi no sentida por él? Tal vez la razón estuvo plenamente de parte del buen Alcalde de Burdeos cuando escribió: «Les lois se maintiennent en crédit, non parce qu'elles sont justes, mais parce qu'elles sont lois, et quiconque obéit a la loi parce qu'elle est juste ne lui obéit pas par ou il doit»

Probablemente sea impertinencia pensar en que tantas y tan fuertes trabas ponemos voluntariamente a la acción de nuestra individual libertad. ¿Cabría y convendría amenguarlas o destruirlas? Mejor es sonreír a esta amable tiranía que nos imponemos y afirmamos cada día más, que al fin es obra nuestra y para nuestra sujeción espontánea.

«Se ha portado como un héroe...»

No tratéis de inquirir en qué consistió el acto de heroicidad al cual habéis oído aludir. Vendría una explicación de algo tan simple y corriente como el agua que nos conforta cada día. Pero no por ello mostréis sorpresa: se trata de un caso de heroicidad humilde que de seguro no salió, ni lo lograra, del ambiente de un hogar; fuera desahoso parangonar esa apreciación individual, particularísima, con la muy amplia apreciación colectiva de algún grado heroico.

Sin embargo es fácil que alguna vez nos pongamos de acuerdo para emitir juicios permanentes, definitivos, sobre lo heroico? ¿Cuántos héroes, en veinticinco siglos de civilización, fueron efímeramente, y desaparecieron, en el cauce turbio y turbulento de edades y de pueblos que en el mundo han sido? Y aun, cuando se citan tantos nombres de heroes perdurables, gloria y prez de la humana tradición, la ironía, amable y perversa compañera, suele sonreír...

A los héroes se les da todo, o se les niega todo. Se abandona en sus manos los destinos de los pueblos, o, a la vuelta de cualquier recodo del tiempo, se les envía al patíbulo. No hay ni una línea recta, ni una gran distancia entre esos dos términos. Se glorifica la memoria del héroe en mármoles y bronce, sin que establezca prohibición para que algún día un súbito encrespamiento de pasiones derribe bronce y mármoles. No podemos concebir que a los héroes se les conceda la *avea mediocritas* de una vida apacible en retiro que estuviese guardado por el respeto y la veneración de todos. Si lo buscaran, bulliciosos entusiasmos irían a arrebatarlos para exaltarles a la grandeza; o inesperados odios irían a envenenarles la paz de su retiro.

Pues el héroe, siéndolo, amalgama el oro de sus ideales a la escoria del interés colectivo, y todo le parece oro puro, porque sus ojos para mirar así fueron hechos; su intuición, o ajenas causas, pueden hacer brillar ante las ávidas miradas de la colectividad el reverso como oro puro, y no le faltará entonces el favor unánime. Porque quien no es héroe, ya no por vocación, aun por accidente, por no serlo estará siempre más al oro próximo y real del interés inmediato que al utópico y a menudo dolorosamente engañoso de los ideales...

Y, siempre será útil la acción de quienes como Carlyle informan un levantado empeño en orientar el culto de lo heroico.

J. RAMIREZ CABANAS.